

PRÓLOGO

*Aforemus*

ERIKA MARTÍNEZ

Siempre me ha parecido que Álvaro Salvador era un maestro del tono. Que su inflexión de la voz le confiere una fuerza y una personalidad irrefutables entre los miembros de su generación. En los versos de Salvador el tono oscila, discute consigo mismo, hace requiebros, cercando al monólogo dramático hasta ponerlo en crisis. Esa dialéctica es probablemente la primera de las puertas que comunican la poesía de Salvador con su obra aforística. Porque todo aforismo discrepa o polemiza con los lugares comunes, las expectativas de quien lee y, si hace falta, hasta consigo mismo. Más específico es su brillante manejo del pensamiento paradójico: «Los mejores discípulos, son los que no se parecen a su maestro». Ese mismo baile de tonos, esa peculiar disputa íntima forman parte, sin duda, de poemarios como *Canción del outsider*, publicado no casualmente entre dos libros de aforismos, *Después de la poesía* y *La vida no te espera*. Su escritura contiene a menudo una poética y su contrapoética, obligando a quien lee a reubicarse sin descanso.

La introspección sentimental, el apunte metapoético, la observación filosófica o la epifanía lírica conviven en la obra de Salvador con la sátira («Lo importante en un matrimonio son los testigos»), con el más implacable de los sarcasmos («Hay personas estúpidas hasta para el dolor») o incluso con el nihilismo («Cada día los seres humanos nos parecen menos semejantes»). Escribir aforismos parece un hito lógico para un autor tan atravesado por la tradición del poema meditativo, para un autor que no ha dejado de conferir nuevas proyecciones a la moral machadiana. ¿Cómo alguien tan preocupado por el *ethos* civil no iba a terminar cultivando en la tierra de la máxima moral, dialogando con el aliento cáustico de Rivarol, el epicureísmo de Joubert o con La Rochefoucauld, cuyas palabras se negaban a ser —como dijo Paul Morand— más grandes que las cosas?

José Bergamín contrapuso, en un aforismo, las que podrían considerarse como dos vertientes del género: «Pascal: la inteligencia de la pasión. Nietzsche: la pasión de la inteligencia». Salvador parece apostar por una vertiente más moral que lírica, en la que acaso podríamos incluir también a Carlos Marzal. Así lo definía Salvador en otro sitio: «Un aforismo es una frase, generalmente corta, en la que se expresa una opinión o una reflexión sobre un tema determinado, generalmente con un carácter moral, crítico o irónico».

A través de esta moral, *Tercer milenio* puede leerse como un asedio al asedio del tiempo: «La única medicina contra el tiempo es el presente». Sus aforismos picotean como sagaces pajarillos en todas las variantes de su paso, en las perspectivas y humores posibles para hacerle frente. Pero no es esta una inquietud nueva en la obra de Salvador: el tiempo ya era un eje central en *La condición del personaje* y un libro como *Ahora, todavía* transformó su teoría crítica en un diálogo del poema con la muerte. No es una inquietud nueva, pero adquiere sin duda un mayor voltaje. «Esa puesta de sol que está emocionándote ahora, ocurrió hace tiempo», anota, aliviando con un hallazgo el carácter pretérito de demasiadas vivencias: la escritura es emoción a posteriori. En el extremo opuesto estaría la religión que, según esta glosa a Miguel D'Ors, es «lo que se siente antes de haber sentido».

Los pensamientos de Joubert, hombre convencido de que la enfermedad afinaba el alma, son una prueba de que la inteligencia es capaz de hacer humor con el sufrimiento. Siguiendo esa estela, Salvador no deja de responder a los estragos vitales con una sonrisa. Coqueteando con la greguería ramoniana, una puede toparse también con afirmaciones de un humorismo encantador como: «¡Donde menos se espera salta la poesía!». O mordaz: «En España no hay racismo, sólo hay racistas». También queda, por supuesto, mucho espacio para una meditación más grave.

Dividido en tres secciones (una por milenio), este libro va pasando de la máxima erótica y existencial a la reflexión metapoética para cerrar adentrándose en los estragos del tiempo sin que se pierda nunca la mordiente política. Mientras van cayendo uno sobre otro, estos aforismos dibujan un territorio de precariedad, un ámbito en permanente peligro de derrumbe, un espacio en el que la estabilidad y la solidez del pensamiento siempre están a punto de irse al traste. Como dijera Lorenzo Oliván, no es sorprendente que Cioran retratara al escritor de aforismos como a un hombre que experimenta el miedo en el centro del lenguaje.

Ese miedo en el centro del tiempo y del lenguaje está inevitablemente inserto en la propia naturaleza del aforismo y su carácter gnoseológico. En una entrevista respondía Salvador: «A partir de los 40 uno ya deja de ser inmortal y, por lo tanto, tiene experiencia suficiente [para escribir aforismos]». En *Después de la poesía* podía leerse: «No creo que se puedan escribir aforismos sin tener cierta edad o cierta mala leche». Lejos de identificar mecánica y maniqueamente la acción con la juventud y la contemplación reflexiva con la edad, Salvador afirmaba: «Veo que mi edad avanza y que la vida no espera a que tú decidas el momento en el que actuar. Siento que es el momento en el que debo hacer cosas». Como decía Luis Antonio de Villena, Salvador parece decirnos que, cuando uno no

está seguro de la poesía o cree que esta atraviesa alguna crisis, se da al aforismo. El aforismo es en su obra lo que segrega un intersticio, una grieta, lo que sobra, una excrecencia. En una entrevista de hace unos años confesaba: «Tuve un cierto pánico porque no podía escribir poemas y, de repente, los aforismos comenzaron a surgir solos. No sé, fueron como una especie de válvula de escape». Y en un aforismo de *La vida no te espera*: «Los escritos que uno publica son como los excrementos: algo sobrante, algo desagradable, algo que no podemos soportar en nuestro interior».

Pero un libro de aforismos de Álvaro Salvador no es solo un fabuloso compendio de sus propios excedentes, sino también de los del prójimo. Porque a su dialéctica tonal se suma también un cruce constante de voces y textos, de diálogos de películas, citas de otros escritores, papeles arrugados en el bolsillo o pintadas anónimas que se entrelazan sin jerarquías y que han sido recolectados por Salvador como recolectaban comida, cachivaches y amigos los personajes de *Los espigadores y la espigadora*, de Agnès Varda. «Es interesante estar sumergido en una creación de este tipo —afirmaba Salvador— porque los aforismos están ahí en el mundo que nos rodea, esperando que sepamos verlos y recogerlos». *Tercer milenio* hace del excedente una poética. Como ese maravilloso personaje de Varda que vive de la comida abandonada en los mercados y da

clases nocturnas, sólo que los espacios callejeros donde ha ido recolectando Álvaro Salvador sus aforismos son un mercado muy suyo, desplegado en la ciudad del interior.

Frente a esa palabra con la que un sacerdote invita a rezar a los fieles en la misa (*Oremus*), Salvador propone a sus lectores una reflexión moral y crítica cuya práctica está en la base de la comunidad civil. Con ella nos invoca, *Aforemus*, para empezar a ensayar con humor y valentía otros modos más lúcidos de atravesar este presente del siglo XXI.